

El sueño que sueñan las palabras: a propósito de Raúl Renán

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

La pena capital de llevar en la frente la belleza siempre lista sin atreverse jamás. Así presentaba Raúl Renán su obra y retrato. Y añadía que *no hay boca que pronuncie lo que callo aunque por mí conozco todos los tópicos de la falta de dicción.* Una poesía en voz baja era a lo que aspiraba. Más bajo, poetas, hablen más bajo hubiera podido decir. Buscaba alcanzar la poesía del silencio y lo logró. Su obra fue extensa, de tono íntimo, coloquial y quieto. Pero también contradictoria. Los poemas breves escritos a lo largo de su vida pueden ser leídos como un solo, largo y extenso poema. Y su tono bajo lo convirtió también en uno de los pioneros de la poesía experimental de México, con premios que llevan su nombre y poetas jóvenes y maduros que lo reconocen como maestro generoso y amable.

Poco antes de morir Raúl, Alex Ramírez y yo sostuvimos una larga charla con él en su casa de la Ciudad de México. Nos contó cómo en la década de los cincuenta emprendió la larga travesía para llegar a la

capital, con sólo una maleta de ropa y un único traje *atabacado* que un grupo de amigos de Mérida le regaló, pues nunca había tenido uno. Tomo el barco rumbo a Veracruz y de ese puerto siguió en tren hasta La Ciudad, en aquellos viajes que duraban días, tan espantosos como los de Ulises pero mucho menos heroicos. Ya no era muy joven pues cerraba sus años veinte y dejaba una vida y una trayectoria periodística en Mérida. Recurrió a Wilberto Cantón, con quien ya había trabajado años antes, cuando el escritor teatral yucateco fue Director del *Diario del Sureste* en Mérida. De allí comenzó un largo ir y venir y su trotar por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, por el Instituto de Bellas Artes, por la Universidad Iberoamericana y distintas escuelas, organizando innumerables talleres de creación poética y literaria durante más de medio siglo. Consolidó largas amistades con muchos escritores y fue buen amigo de Rubén Bonifaz Nuño y Alí Chumacero entre otros.



Ese hombre quieto y modesto, con quien durante casi medio siglo me unieron docenas de reuniones con largos silencios y breves charlas, desarrolló atrevidos trabajos editoriales como las publicaciones de *La Máquina Eléctrica* y de *Papeles* entre muchos otros. En silencio y tonos bajos se atrevió a mucho y logró lo que pocos: obra sólida, reconocimiento duradero y aprecio genuino. Bastante para una vida. Él lo sabía. Por suerte lo sabía. Volví a hablar con él días antes de morir. A diferencia de las charlas sostenidas durante tantos años en esta ocasión la plática fue larga, extensa, íntima, como supliendo todo lo que no hablamos tanta veces que nos vimos. Habló de sí, del amor de sus hijas pero sobre todo del amor a

la poesía y la palabra. Con voz quebrada el habló y yo escuché. Estaba satisfecho de su vida. Quiso ser poeta y lo logró. Construyó su propia vida como hizo su obra, con pocos elementos, con originalidad y mesura. Quiso ser poeta, dedicar su vida a la poesía y lo consiguió. Para ello se necesita talento y valor a partes iguales. Nada más y nada menos. Pocos lo logran.

Raúl publicó treinta y tres libros, dejó en la imprenta un libro de poesía y cientos de poemas inéditos. Fue miembro del Consejo Editorial de la Revista de la Universidad de Yucatán durante muchos años. Extrañaremos sus atentas lecturas y generosos dictámenes. Murió en la Ciudad de México el día 14 de junio de 2017. Tenía 89 años de edad. 



Raúl Renán, LARC y Alex Ramírez, Ciudad de México, abril de 2017.